

Capítulo I

ARRECIFE TORTUGA

Noche. Mar en tinieblas. Las olas suaves y alargadas conservan el impulso que les dieron los ahora menguantes vientos alisios, y van rodando en dirección Oeste hacia el continente. Abajo, un arrecife. Paisaje acuático de coral oscuro. Un pequeño oasis de vida sostenido por la luz solar y por organismos que la corriente arrastra. Un pez “roncador” de Nassau patrulla la extremidad de un banco de coral. El pez “ardilla” de grandes ojos, escondido durante el día, se desparrama ahora en busca de alimento. Una sombra grande surge del arrecife, arrastrando delgados chorros de fosforescencia que dejan delineado el perfil fantasmagórico de su bulto móvil. La sombra asciende. Encima, la superficie argentina iluminada por la luna traza la silueta de la forma en declive: una tortuga de mar. Al irrumpir en la superficie sus patas-remos tocan algo, pero un rápido viraje hacia un lado aparta a la asustadiza tortuga. Erguida la cabeza y el mar bañándole la concha cristalina, ella expele el aire largo tiempo retenido, produciendo un sonido extraño que es a la vez resoplido y suspiro. Respira y flota. Puesto que es un reptil marino que respira aire, necesariamente tiene que abandonar el santuario de su arrecife de pequeñas rocas y emerger periódicamente. Preparada ahora para regresar a lo profundo, la tortuga marina inhala un último aliento y se desliza bajo la superficie. Vuelve a tocar algo. Reaccionando instantáneamente, da la vuelta con potentes movimientos de sus largas aletas, bogando contra la red que ahora siente por encima con una especie de remo frontal, cercano al brazuelo. Los grandes músculos se estiran. La tortuga se retuerce, se sumerge, gira, pero la fuerza de la red es invencible y cada explosivo intento de escape la cierra más. Cogida ya por el pescuezo y por ambas patas delanteras, sigue tratando de zafarse, con fuerza decreciente. Luchando todavía contra aquel lazo que la deja anclada sobre el arrecife, la tortuga se cansa. De vez en cuando una aleta golpea la superficie mientras la tortuga exhausta flota en el extremo de su lazo. Cada oleaje del mar da contra la tortuga y después se divide alrededor de su cuerpo, toma nueva forma y sigue incansablemente a la deriva hacia tierra firme.

Primera luz del día. Chapoteo en la superficie. Las aguas color azul violáceo del arrecife se tornan grises. Una línea negra forma ángulo hacia

arriba desde la revuelta topografía coralina, apuntando en recto hacia el débil chapoteo donde termina, en el perfil de la tortuga enfocado con precisión por el sol naciente. Otro contorno oscuro se aproxima. Largo, estrecho y lisamente terminado en punta. Se detiene junto a la tortuga. Manos sin existencia corporal penetran desde otro reducto y agarran. La línea se estira, atesada por un resorte. La tortuga desaparece a través del techo de su mundo acuático. Floja ahora, y anclada todavía al arrecife, la línea se inclina con suave curvatura hacia la superficie, suspendida por una red flotante. La conmoción producida arriba hace bastante tiempo ha hecho salir al resto de las tortugas de los agujeros en que duermen en el arrecife. Silenciosamente se han deslizado junto a otras líneas oscuras colgantes y abandonaron el arrecife en busca de alimento.

La mañana. Tres tortugas producto de 30 redes colocadas el día antes. La última tortuga debe haber luchado contra la red toda la noche. Cuando la sacan del agua, apenas forcejea. Es una tortuga hembra bien grande. Tal vez pese 350 libras. Es una rareza verlas de ese tamaño en estos tiempos. Dos tortugueros se empeñan en arrastrar a la inmensa tortuga al fondo de su lancha, mientras las largas patas del animal describen amplios arcos en el aire sin lograr ventaja alguna.

—Esta es la segunda vez que se pesca esta tortuga— dice uno de los hombres mientras trata de atar una con otra las patas. —Mira esta contraseña que tiene en la pata.

Se la desprende a la tortuga, raspa una delgada costra salina producida por la larga inmersión en agua salada, y ambos hombres examinan el pequeño objeto metálico. Sí, éste es semejante a los otros que de vez en cuando han encontrado otros tortugueros. El metal lleva estampadas las palabras “PREMIO REWARD REMITE SEND”. A alguien le interesa esta tortuga en particular. El tortuguero se mete la contraseña en el bolsillo. La brisa del mar comienza a arreciar. Izan las velas de lona cubiertas de innúmeros parches y la lancha comienza a navegar hacia el Oeste con el mismo rumbo del oleaje, hacia tierra firme, a casa, llevando una tortuga y una pequeña contraseña metálica que dará de qué hablar y en qué pensar toda la noche.

Esa tortuga tuvo importancia para mí porque yo me encontraba en la aldea miskita a donde la llevaron. Fue la primera de muchas tortugas que ahí habría de ver, pero fue la primera. Observando al destazador miskito distribuir la carne entre sus parientes y amigos, comencé a comprender la extraordinaria significación que las tortugas de mar tienen para los miskitos. Para mí, esa tortuga siempre ha representado algo más que una tortuga de tantas pescadas por los miskitos: ella simbolizó la notable historia biológica, cultural, económica y científica de esta especie. Todo esto sucedió en 1968, pero con excepción de la contraseña metálica, el mismo acontecimiento se había repetido antes innumerables veces.

Los patrones de evolución y de comportamiento de las tortugas y los modos de vida económica de los seres humanos, siempre han estado vinculados inexorablemente en la historia fascinadora de la costa Oriental de Nicaragua y del Oeste del Mar Caribe. Si uno recorre el mapa con el dedo, al Este de las montañas y al Oeste de las islas, se detendrá en una línea

costera abrupta, frente a la cual se encuentran pequeños cayos coralinos esparcidos sobre una gran extensión de aguas poco profundas, en cuyo fondo hay bancos de arena o arrecifes. Es el borde lejano del Mar Caribe. Estudiar y comprender la historia de esta parte del mundo es también aprender algo acerca de las tortugas, así como estudiar a las tortugas de mar es aprender una gran porción acerca de los indígenas, los piratas, los bucaneros, los traficantes y los naturalistas primerizos.

Las rutas de las tortugas, los miskitos y los visitantes del Este de Nicaragua se habían entrecruzado antes muchas veces. Arrecife Tortuga había sido usado por lejanos antepasados de la inmensa tortuga verde que portaba la contraseña metálica. Las tortugas verdes, resultado de un largo y sumamente interesante proceso evolutivo, poseen una habilidad asombrosa para orientarse y navegar, la cual ha permitido a incontables generaciones emigrar a largas distancias desde las playas donde desovan, y ser capaces todavía de localizar sitios tan diminutos como Arrecife Tortuga al regresar a aguas nicaragüenses. Cuando los primeros pobladores indígenas llegaron al Este de Nicaragua, ya había tortugas en Arrecife Tortuga. Cuando los primeros barcos españoles, ingleses, franceses y holandeses comenzaron a explorar el Oeste del Mar Caribe y el Este de Centro América, encontraron indios miskitos y tortugas en Arrecife Tortuga. Ya para entonces los miskitos habían evolucionado para convertirse en la cultura de pescadores de tortugas más hábil y altamente adaptada del mundo. Más tarde, las tortugas fueron una de las principales razones de que los traficantes y comerciantes ingleses, jamaíquinos y caimanianos hayan tenido una influencia y un interés tan desordenados en la costa Oriental de Nicaragua. A través de los años se fue filtrando hacia partes distantes de la tierra la información sobre inmensos campos tortugueros e inmensas manadas de tortugas en Nicaragua, atrayendo no sólo a numerosos traficantes y negociantes en viveres, sino a decenas de viajeros, naturalistas, escritores y hombres de ciencia. Sus observaciones tienen una cosa en común: que todos han expresado asombro y admiración después de ser testigos de una de las maravillas naturales verdaderamente magníficas del mundo, los campos tortugueros del Este de Nicaragua, los más extensos de la tierra.

Una de estas personas, el Dr. Archie Carr, escribió tan entusiastamente sobre las tortugas de mar, que cuando leí por primera vez este pasaje hace muchos años, me eché atrás en el asiento y me maravillé de que tales cosas pudieran ser ciertas.

Toda actividad temprana en los trópicos del Nuevo Mundo, —exploración, colonización, piratería y aun las maniobras de las escuadras navales— tuvo alguna manera o grado de dependencia respecto de la tortuga. Ella era pronta salvación cuando atacaba el escorbuto, y los sobrevivientes de naufragios vivían de ella durante meses y aun durante años. Salada o seca, su carne en todas partes alimentaba a los marineros pobres. Era al mismo tiempo un producto abundante y un lujo, —una ración para esclavos y, en sopas y en salsas, el orgullo de los menús de las grandes casas-haciendas. Cuando la flota española que salía de Porto Bello y los galeones de Cartagena convergían en La Habana para efectuar el viaje a casa, cargaban ahí tortugas. En encurtido o transportada

viva sobre cubierta, ella era una provisión corriente en la logística naval británica. Más que cualquier otro factor dietético, la tortuga verde sostuvo la apertura del Mar Caribe a la civilización.

Poseía todas las cualidades necesarias para desempeñar un papel en la historia: era grande, abundante, asequible, sabrosa, sustanciosa y notablemente tenaz para vivir. Era casi única en su calidad de reptil herbívoro, de vertebrado aéreo que pacía en lechos submarinos de plantas de simiente como el bisonte pacía en los llanos y que, como éste, se agrupaba en grandes manadas. Era fácil de pescar con equipo sencillo, porque su comida se encuentra bajo aguas claras y de poco fondo; y además, en cada mes de Junio sale a la costa de arena, y sólo hay que recorrer la playa y voltear panza arriba todas las que uno desee (Carr, 1956: 239-240).

¿Ve Ud. lo que quiero decir? Sea que le interese la historia o que le interesen las tortugas, ambas se relacionan íntimamente en el Mar Caribe y en las costas aledañas. Lea Ud. el libro de James Parsons *The Green Turtle and Man* (La Tortuga Verde y el Hombre), los de Archie Carr *The Windward Road* (El Camino de Barlovento) y *So Excellent a Fishe* (Una Pesca Exquisita), y el de Peter Matthiessen *Far Tortuga* (Lejana Tortuga), y quedará profundamente asombrado de que una parte tan considerable de la historia de los trópicos marítimos esté vinculada a las tortugas, en una cadena de circunstancias biológicas y culturales que han hecho a la tortuga verde el reptil más valioso y hoy en día uno de los que corren mayor peligro en el mundo.

La historia necesita ser contada también en lo que se refiere al Este de Nicaragua. De muchas maneras, la historia cultural y económica de las tortugas a lo largo de la orilla Occidental del Mar Caribe, ha sido una de las más significativas en los anales de la utilización de recursos marítimos tropicales. Por su orden, los indios, los piratas, los traficantes, los comerciantes, los pobladores, los barcos pesqueros extranjeros y las compañías enlatadoras de carne, y los zoólogos, los antropólogos y los geógrafos han sentido la atracción de las costas Orientales de Nicaragua, en gran parte por causa de las tortugas.

El borde lejano del Mar Caribe. Arrecife Tortuga. Bajo claras aguas tropicales, el arrecife se alza del fondo estéril de arena, millares de animales y plantas marinas se amontonan en este pequeño lunar del vasto océano. El interior del arrecife está muerto, ha sido construido de pequeños esqueletos comunales de animales coralinos depositados en muchos, muchísimos años, pero el viejo esqueleto sostiene a la superficie viviente del arrecife, la inmensa variedad de organismos que cubren todos los sitios, pero suministran evidencia de la historia pasada de aquél. Simbiosis, mutualismo, depredación, parasitismo: de todo hay en el arrecife. Cada organismo y cada especie individual dependen de alguna manera y reflejan a los demás habitantes, tanto pasados como presentes.

Atardecer. Rielaje solar producido por las olas que ruedan en la superficie. Sombras abultadas se acercan. Son tortugas que regresan a Arrecife Tortuga.